9939

CARLOS GARCÍA CASAL

SANTIDAD

COMEDIA DRAMÁTICA

en un acto y dos cuadros, original

Premiada en el concurso organizado por la Sociedad «Lope de Vega»

Copyright, by Carlos García Casal, 1911

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

17

A mi querido amigo y condi
cípulo Carlos Fernandez-Arro
como testimonio de aprecio

L. Garcia Cairol

SANTIDAD

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SANTIDAD

COMEDIA DRAMÁTICA

en un acto y dos cuadros

ORIGINAL DE

CARLOS GARCÍA CASAL

PREMIO DEL CONCURSO ORGANIZADO POR LA SOCIEDAD

LOPE DE VEGA

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 28 de Enero de 1911

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1911

A los Sres. D. Juan Miguel Herrera Sotolongo, D. Emilio Herrero y D. José de Molinuevo, jurado que premió esta obra, se la dedica como prueba de agradecimiento y afecto

El Autor.

612444

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TERESA (26 años).....	SRTA. ILLESCAS.
LUISA (19 íd.).....	CANTOS.
AMA PACA (50 íd.).....	GARCÍA AGUILERA.
DON CARLOS (60 íd.).....	SR. ADAME.
DON FERMÍN (50 íd.).....	ARIAS.
FERNANDO (27 íd.).....	GÓMEZ.
RODRIGO (23 íd.).....	MOLINUEVO.
FORTUNATO (45 íd.).....	BALLESTEROS.

EPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Antesala de una quinta de recreo en las afueras de Madrid. Puertas, al foro con forillo de jardín y á derecha é izquierda. Muebles de verano, entre ellos un perchero, dos mecedoras, un sofá y varias sillas de mimbre.

ESCENA PRIMERA

TERESA y LUISA sentadas en las mecedoras

LUISA (Leyendo.)
¿A dónde tiendes, rauda, tus miradas?
¿Qué nebulosa fué la cuna tuya?
Que yo átomo sutil del protoplasma
tan solo pienso en ti.»
¡Ja. . ja... ja!... ¿No te dije que serían famosos?

TER. No te comprendo, Luisa; estás enamorada de Rodrigo, decidida á casarte, ¿y te burlas de él?

LUISA No me burlo de él, Teresa; me burlo de sus versos, que son detestables. El es un buen chico.

TER. Y tú también; un poco loquilla.

LUISA Loca porque soy alegre. Sin duda no recuerdas aquel convento donde estuvimos de

educandas, tú por vocación y yo porque era el colegio de moda; pues aquel encierro y las tocas severas de aquellas benditas madres y su constante vigilancia han tenido la culpa de esta mi alegría que juzgáis locura. Imagínate á un pajarillo encerrado en una jaula de alambres espesos, sin más campo para correr que del cajón de los cañamones *escasos* al pocillo del agua *no siempre limpia*. Cañamón que te cojo chapuzón que me doy. ¡Todo lo más una cañita para su entretenimientol Figúrate que de pronto una mano caritativa abre la puerta de la jaula y el pájaro vuela... vuela... y no se cansa de volar. Los frondosos árboles le dan pródigos el alimento; las conchas de mármol de la fresca fuente del parque le ofrecen lagos en que bañarse y para vivir tiene el mundo entero, el aire infinito perfumado por la naturaleza.

TER. Qué poética estás; cómo se conoce la influencia de Rodrigo.

LUISA No te burles de él. Rodrigo es un hombre digno de admiración. En uno de mis vuelos fuí á posarme sobre un mal soneto suyo y se lo picoteé de lo lindo. Pero después me enteré de que es huérfano, recogido psr una antigua sirvienta de la familia que agotó sus recursos en una cruenta enfermedad. Y el Rodrigo de que nos burlamos recorrió el calvario de todos las privaciones y pasó hambre, hasta que logró alcanzar colocación en el escritorio de una fábrica y rehizo el capital de su bienhechora no faltándole ya á aquella viejecita pan y calor. Cuando leo sus versos, no puedo contener la risa y esgrimo mi pico para destrozar el papel á fuerza de picotazos, pero recuerdo lo otro y el pico no punza... besa. No sabes lo dichosa que soy, el amor lleva consigo la felicidad. Mentira me parece que quieras ser monja, que no quieras ser feliz.

TER. Nosotras amamos á Dios.

LUISA Y yo también, pero no me impide amar á

Rodrigo, que me ame él... Tienes que desistir.

TER. Déjame con mis ideas; por mucho que me sermonees no he de mudar de parecer.

LUISA ¡Ay, Teresita! Entiendes por fe el creer en una cosa sin quererla discutir; á mí me parece alucinación.

TER. Estás loca.

LUISA Pienso lo contrario que tú y con esto basta para que así me califiques. (Transición.) ¿Serás capaz de separarte de tu padre?

TER. Sí; ¿qué importa que nos separemos unos cuantos años si yo con mis oraciones hago que vivamos juntos una eternidad?

LUISA No alcanzo á entender la sublimidad de tus ideas, pero sí te sé decir que si mi padre no entrase por las mañanas en mi alcoba gritándome «¡arriba, perezosa!» y no me despertase con un beso, me moriría de pena.

ESCENA II

DICHAS y FERNANDO por la derecha

FERN. ¡Hola! Están aquí las niñas, como diría Ama Paca. Y de secreteo, ¿eh?

LUISA Hablando mal de ti.

FERN. Pocas veces se habla bien de un ausente.

TER. ¿Pero haces caso de esta loca?

FERN. ¿No he de hacerla caso si las dos constituís mi vida? No sé cómo explicarme... En ti, Teresa, he cifrado todas mis ilusiones, todas mis esperanzas, vienes á ser mi musa; cuando siento algún desfallecimiento en mis energías, una sola de tus miradas me devuelve el aliento para el trabajo. Tú, por el contrario, cuando necesito templar mi espíritu, hastiado por los muchos quehaceres de mi profesión, me distraes, me consuelas. Figuraos que soy una máquina eléctrica, Luisa será el regulador; tú el divino flúido que da vida y movimiento...

LUISA Pues para la máquina.

FERN. ¿Por qué?

LUISA Porque el divino flúido se convierte en aceite de lámparas para alumbrar imágenes.

TER. ¡Luisa!

LUISA ¿No soy la loca de la familia? Pues déjame decir lo que me parezca. Teresa quiere volver al convento y profesar.

FERN. Bien; ya conocemos los pensamientos de doña Teresita, pero también hemos convenido en que la he de convencer yo.

ESCENA III

DICHOS, DON CARLOS y DON FERMÍN. Este último con un tablero de ajedrez y sus piezas correspondientes en las manos y los bolsillos

FERMÍN (Dentro.) ¡Bruto! ¡Zoquete! ¡Merecías que te cortaran las orejas! (Entrando.) ¿Pero has visto qué beduino? (A don Carlos que sale tras él riendo.)

FERN. ¿Qué le pasa á usted, papá?

CAR. ¡Hola! Ya está aquí el medicucho. (Por Fernando.)

FERMÍN Nada, hijo, ¡una friolera! Ese jardinero de mis pecados, que no sé cómo le aguantais, nos ha hecho una de sus barrabasadas. Figúrate que tenía empeñada la partida *hache* ¡no te rías, Carlos! Acorralaba yo con dos alfiles la reina de este...

LUISA Papá, nos figuramos la jugada; ¿qué ha hecho el jardinero?

FERMÍN Verás. Con objeto de librarnos del sol nos pusimos á jugar á la sombra de un frondoso árbol, y como os iba diciendo, después de comerme tres peones, un alfil y las dos torres y en el instante de gritar «jaque al rey», nos cae un chaparrón que nos deja como nuevos.

CAR. El infeliz del jardinero que regaba el jardín y no nos vió.

FERMÍN ¿Y á ti te parece esto disculpable? Bien se conoce que llevabas perdida la partida.

CAR. Poco á poco, ¡eso no! Había jugado mal.

FERMÍN ¡Toma! Pues por jugar mal es por lo que se pierden los juegos. ¡Infeliz! ¿Pero cómo pensabas defender á tu monarca si le tenían acorralado mis peones republicanos?

TER. Bueno, les dejamos á ustedes en libertad de seguir la partida. Hay que ayudar á Ama Paca si hemos de obsequiarles con una comida medio regular.

FERN. Si hace falta un pinche allá voy.

LUISA Lo que hace falta es un canastillo de flores para centro de mesa. Conque á la estufa y á ver cómo te esmeras.

FERN. Os van á dar envidia.

LUISA Don Carlos, mucho cuidado con los peones republicanos de papá. ¡Ja... ja... ja!...

TER. Hasta después.

FERMÍN Adiós, pimpollitos.

(Vanse, Fernando, foro; Teresa y Luisa, izquierda.)

ESCENA IV

DON CARLOS y DON FERMÍN

FERMÍN La verdad es que tenemos unas hijas que no nos las merecemos: ¡qué buenas! ¡qué cariñosas! ¡qué mujeres de su casa! y eso que á la mía la gusta callejear.

CAR. Como á todas las mujeres: de cien casos, noventa y nueve.

FERMÍN Dilo delante de ellas, verás qué fama te ganas.

CAR. Buena, no te quepa la menor duda; pues si cien me oyesen, las cien se creerían esa una que falta á la centena.

FERMÍN Bueno, bueno; ¿echamos otro juego?

CAR. El definitivo. Vamos á mi despacho.

FERMÍN Te advierto que el que le pierda paga una botella de cerveza.

CAR. Perfectamente.

FERMÍN Vamos allá. (Vanse izquierda.)

ESCENA V

RODRIGO, por la derecha; despues AMA PACA

ROD. ¡Qué versos más modernistas! ¡Qué rima más original! ¡Ay, Luisa... Luisa... Luisa!... ¿Cómo no han de ser bonitos si tú fuiste la musa que los inspiraste? (Transición.) ¿Cómo se la entregaré? Debiera leérsela yo; pero no; estoy seguro de que me azararé y romperé la armoniosa armonía de tan armónicos versos. Ella los leerá, ella interpretará lo que mi pluma robó honradamente á mi inteligencia. ¡Ah! Ama Paca viene por allí, ella los entregará.

AMA (Por la izquierda.) Señorito Rodrigo, ¿usted por aquí?

ROD. Por aquí, como siempre, tras la linda paloma que pendiente de su pico lleva la felicidad de este pobre tórtolo.

AMA Pero si me parece que Luisilla no le quiere

ROD. ¡Oh! ¡Ama Paca! No mates mis ilusiones; si mi bella me desdeñase no encontraría muerte lo bastante trágica para dar fin á mi miserable vida.

AMA No barbarice usted, señorito.

ROD. ¿Que no barbarice? ¿Acaso sabes tú lo que es vivir sin su amor? Debe ser vida que no es vida.. muerte que no es muerte, ¿entiendes lo que te digo?

AMA Sí, algo que parece mucho y no es nada.

ROD. Pues bien, Ama Paca, ya que ves el inmenso amor que por ella late en mis venas y arterias, compadéceme, ten piedad de mí, muéstrate compasiva con este desdichado poeta y entrega esta carta á tan linda señorita, á la hermosa Luisa, mi bella adorada. Cerraré el sobre y para que tu curiosidad no le quebrante te leeré el contenido de de esta sentimental plana, en la que, po-

niendo mis cinco sentidos, admiro los cinco de ella. La carta dice así: (Lee.)

«Eres, hermosa, de mi alma querida,
el divino ser que me da la vida.
Eres bella
cual estrella
que en querella
al sol destella.
Cual centella
que descuella
haciendo mella
á la luz bella.
Eres doncella
que con aquella
tu dulce huella
mi alma desuella.
De tu boca bella
cual la grosella,
sólo te pido
ser correspondido.
Pues cual mendigo
busco abrigo,
y si contigo
no coligo,
me maldigo
ante el castigo
del desligo.
Si te hostigo,
te fatigo
y atosigo
porque sigo,
no prosigo,
no subsigo,
sólo digo
que contigo
quiere casarse Rodrigo.»

¿Qué te parecen?

AMA. Deben ser muy bonitos.

ROD. Ella me sirvió de musa, ella los inspiró y ¿como no han de ser bellos? Conque, toma, entrégasela, sin decir que es mía, quiero que la sorpresa sonroje sus lindas mejillas de cera, de biscuit ó de terciopelo, y mientras estos renglones hacen latir su co-

razón tornando la sangre de sus venas en divina savia de amor, yo me ausento poniendo en ti toda mi confianza, en ella todo mi amor, en los cielos todas mis esperanzas y en mí todo mi valor. ¡Adiós... adiós!... (Va se por el foro.)

AMA Razón tiene mi hermano; esta criatura ó es tonta ó loca.

ESCENA VI

AMA PACA y FORTUNATO, por la derecha, con un periódico en la mano

FORT. Marqueses... condes... no puedo ver con calma que gente más bruta que un arado sin punta, lleven una vida tan regalada sin necesidad de trabajar... porque aunque yo no trabaje no es que sea burgués... seré gorrón. La burguesía es la madre de todos los vicios y la gorronería el vicio de todos los vivos.

AMA Pero Fortunato, ¿á quién echas ese discurso?

FORT. ¡A mi conciencia! porque es inicuo, es cruel que esos tiranos, que esos vagos se coman lo que el pobre gana con el sudor de su frente... Eso de que unos trabajen para que coman otros...

AMA Por Dios, no grites.

FORT. Bien, hermana, bien. (Transición.) ¿Puedes darme cinco pesetas, que hoy no he comido?...

AMA Toma.

FORT. ¡Ah, hermana querida! ya te lo pagaré con creces el día que nosotros mandemos, el día en que seamos nosotros los que comamos del país y estos politiquillos los que estén debajo de nosotros.

AMA ¿Pero no pregonais la igualdad?

FORT. Claro; me parece que más igualdad que hacer nosotros lo que han hecho ellos...

AMA ¡Ay, Fortuna, cuándo llegará ese día!

FORT Pronto, muy pronto.. y mientras, pacien-

cia, que ya nos llegará el desquite... conque, salud, hermana. (Vase derecha.)

AMA — Adiós, Fortuna. Será todo lo que quieran, pero á listo pocos habrá que le ganen.

ESCENA VII

AMA PACA y FERNANDO por el foro con un canastillo de flores

FERN. — Creo que quedarán satisfechas.

AMA — Qué florido viene el niño.

FERN. — (Sonriéndose.) Pero, ¿todavía soy niño para ti?

AMA — ¿Te enfada?

FERN. — Al contrario; me recuerda lo buena que fuiste para nosotros desde que entraste á servir á don Carlos.

AMA — Ya hace años.

FERN. — Siempre fuiste fuerte para el trabajo.

AMA — Como que soy de Valcollera de la Encina. Allí todos somos recios. Pero, dime, ¿para quién son tantas flores?

FERN. — Para la mesa.

AMA — (Con picardía.) ¿Para Teresa?

FERN. — No seas maliciosa. ¿O es también condición valcollerense?

AMA — De todo hay en aquel pedacico de tierra.

FERN. — A propósito de Teresa. Envíala aquí con cualquier pretexto, quiero hablarla á solas.

AMA — ¿Se ablanda?

FERN. — Voy á la pelea.

AMA — Pues firme, que tú eres duro de cabeza.

FERN. — No soy de Valcollera. (Riendo.) Pero allá veremos. Vé, Ama Paca.

AMA — Corro. (Vase izquierda.)

ESCENA VIII

FERNANDO y después TERESA

FERN. — No dudo; esa obsesión del claustro que incubó el histerismo de doña Rosario, rebrota hoy en su hija que he de disputar á todos.

¡Cuánto mal has hecho creyendo que hacías bien! Inculcaste en tu hija la aversión al mundo, el menosprecio al amor, el odio al hogar y la hiciste desgraciada. (Entra Teresa por la izquierda.) Teresa, deseo hablarte.

TER. Dime cuanto quieras.

FERN. Pues bien; siéntate, que deseo confesarme contigo; quiero que hablemos sin ocultarnos nada de nuestro pensamiento.

TER. Cuenta.

FERN. Te amo, Teresa. ¡Cuántos años hace que lo sabes! Un día, en medio de nueetros juegos infantiles, aunque ya empezaban á despertar nuestra curiosidad las cosas del mundo, surgió una disputa de las muchas que teníamos. Fué por un clavel, así como éste. (Cogiendo uno del cestillo que habrá dejado sobre una silla.) Que si lo cogí yo, que si lo cogiste tú, alargaste de pronto tu manecita y me diste un soberbio bofetón. Yo cogí la mano agresora y... mordí. «¡Bruto! gritaste, arrasados los ojos de lágrimas. ¿No te avergüenza lastimar á una mujer?» Te miré. ¡Nunca me habías hablado así! Tu mirada brillaba como un acero al sol y sonreías como si aquel daño tuviera heces de dulzura. Yo, entonces, sentí lo que jamás había sentido. Desprecio de mi mismo por el acto brutal, compasión por aquella mano herida, ganas de llorar, unos deseos locos de destrucción como si mi cuerpo mozo, hubiese adquirido proporciones de gigante. Te cogí la mano, besé la herida. Tú la retiraste rápida. Enrojecía tu cara y huiste. Me quedé con los ojos fijos en el suelo, avergonzado, sin saber que hacer. Cuando levanté la cabeza, ví que desde la terraza de la escalinata me mirabas... nos amábamos ya.

TER. Tontunas de chicos.

FERN. Divinas tontunas que echaron raíces en mi corazón y perduran al través de los años. Te amo.

TER. Fernando, pierdes el tiempo si intentas torcer mi inclinación porque mis ideas, al par

que profundas, están arraigadas. La soledad me ha hecho pensar mucho y el resultado ha sido mi amor á Dios. Sólo el convento tranquilizará mi alma y á él iré firme y resuelta. Os amo á todos, pero os amo en Dios. Adorándole á él, pidiéndole vuestra felicidad, cumpliré mi misión; si es sacrificio, le arrostraré resignada.

FERN. No cedo. He de remover esas murallas de tu espíritu enfermizo. Arañaré esa costra terrosa que cubre tu alma toda amor y cuando logre humanizar tu corazón, te abriré mis brazos.

TER. Tú no sabes la fortaleza de mis ideas.

FERN. Ni tú sabes cuánta fuerza puede desarrollar la voluntad como palanca impulsada por la pasión.

TER. Las ideas son la ley de la vida.

FERN. No hay más ley de vida que la ley de amor. Han querido educarte en Dios y no te han dicho que Dios fué todo amor, que por su amor nos hizo, que por su amor vivimos, que por nuestro amor murió crucificado legándonos tras de horrenda noche de tortura una vida de amor universal. (Transición.) ¿Aceptas este clavel como en otros tiempos?

TER. Se lo pondré á mi Virgen como ofrenda tuya.

FERN. Pero cuando se marchite conserva sus pétalos secos como recuerdo de mi confesión.

ESCENA IX

DICHOS y DON CARLOS por la izquierda

CAR. No, no, no, por Dios, no juego más, me vas á levantar dolor de cabeza. Mira, Fernandito, hazme el favor de echar una partida con tu padre mientras yo descanso. (Transición.) ¿Estábais solos? ¿Os contábais vuestras cuitas?

FERN. Sí, don Carlos; acaba de confesarme su firme resolución á profesar.

FERMÍN (Dentro.) Carlitos.

CAR. Vé, Fernando. (Se sienta quedando pensativo. Fernando vase derecha. Pausa.)

TER. ¿Qué te pasa, papá? ¿Qué tienes?

CAR. ¿Qué he de tener, hija mía? ¡Dices qué quieres ser monja! ¿Lo has pensado bien? ¿Sabes la carga que echas sobre ti?

TER. Sí, padre, no soy ninguna niña... sabré sacrificarme por el amor de Dios.

CAR. ¿De modo que me abandonarás?

TER. Abandonarle no, yo rezaré por usted... rogaré á Dios por su alma.

CAR. Pero viviré solo.

TER. No, con Ama Paca.

CAR. Hija mía, no sabes el cariño que te tengo y por eso crees consolarme de esa manera... no sabes lo que he sufrido separado de ti y por eso no comprendes el martirio que me das separándote de mí para siempre... Tres años te tuve en el convento y, aunque sufría, me resignaba y lo daba por bien empleado con tal que te instruyeras. Sufría y me consolaba pensando que al fin y al cabo volverías á vivir conmigo dándome una feliz vejez. (Pausa.) Muchas veces en sueños te ví casada con un hombre honrado y trabajador, con un hombre que te hacía dichosa... Muchas veces soñé que me diste unos nietecitos que con sus caricias infantiles sabían contrarrestar el cariño que para dedicárselo á tu esposo disminuiste en mí, y lloraba, lloraba de alegría... Todo esto soñaba despierto puesto que eran ilusiones que, al fin y al cabo, sueños son; pero ya llegó el día en que me despertó el desengaño, el día en que me dijiste que me retirabas el cariño y no podrías sustituirle; y entonces pensé que viviría solo... que moriría abandonado sin que mi hija me cerrase los ojos, sin que esta hija me diera consuelo y valor para bien morir... Eso es lo que tengo... ¡Hija mía, quiéreme, no me abandones! (Se abrazan.—Telón rápido.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Sala elegante en casa de don Carlos. Puertas al foro y laterales

ESCENA PRIMERA

AMA PACA; después FORTUNATO

AMA — Morirá, si no hoy, mañana; pero morirá.

FORT. — (Por el foro.) Salud, hermana.

AMA — Hola, Fortuna.

FORT. — ¿Qué tal sigue don Carlos?

AMA — Mal; según el médico, no tiene salvación; esta noche tuvo un amago; tal vez hoy le repita el ataque, y si le repite, morirá. ¿Qué será de nosotros si muere? Me quedaré sin casa y, ya vieja, en ningún sitio me querrán... los amos sólo quieren gente joven, gente que no se canse de trabajar, que gane bien el jornal que les paga... yo ya sólo estoy para que me sirvan, no para servir... tal vez de ama de algún cura...

FORT. — Te equivocas, Paca; pues si ves que las amas de los curas suelen ser viejas, es porque envejecieron con ellos.

AMA — ¡Ay, Fortuna! Con el poquillo ahorro que tengo podría tirar un mes... dos, pero nada más; que donde se saca y no se mete, el fin se le ve... y entonces, Fortuna, moriré en un hospital sola, abandonada... quién me lo hubiera dicho en mis buenos tiempos.

FORT. — Vamos, Paca, no digas tonterías; ¿te crees acaso que tu hermano no tiene brazos, que no tiene corazón para que te dejase morir de hambre?

AMA — Qué ilusiones, no trabajaste en tu juventud é ibas á trabajar en la vejez.

FORT. — Si no trabajé fué porque tú tenías pan y teniéndolo tú también lo tenía yo; y si con lo que gana uno comen dos, ¿á qué trabajar

los dos? pero el día en que tú lo necesites, tenlo entendido, Paca, yo te lo daré; si no tengo fuerzas para trabajar, pediré limosna y si no me socorren, robaré, que por mucha deshonra que sea, más sería el dejarte morir de hambre.

AMA Qué buen corazón tienes.

FORT. A falta de otra cosa, qué remedio...

AMA ¡Ah! se me olvidaba: han traído carta de la señorita Teresa.

FORT. ¿Y se la distes á don Carlos?

AMA No; quiero evitarle sufrimientos y la guardé para que tú que sabes leer te enteres si dice algo de importancia, para si no romperla.

FORT. Venga.

AMA No sé lo que me da enterarnos de la correspondencia del señor.

FORT. Aunque sea pecado no te importe. ¿Dudarías robar una pistola si supieras que robándola evitabas un crimen? Pecar para evitar otro pecado mayor, es virtud.

AMA Tienes razón, léela.

FORT. (Leyendo.) «Querido padre: Me alegraré que cuando llegue mi carta á sus manos esté completamente restablecido. No eche usted de menos mis cuidados, pues aunque parezca que no, yo desde aquí le cuido; pues continuamente pido á Dios por su salud.» ¿Y no podría rezar sirviéndole al mismo tiempo las medicinas?

AMA ¿Y qué quieres? Quiso consagrarse al amor de Dios; quiso cumplir fielmente sus doctrinas.

FORT. Poco se conoce; pues Dios dijo creced y multiplicaos y no que se metieran monjas.

AMA Sigue.

FORT. «Continuamente pido á Dios por su salud y se lo pido con tanta fe, que no dudo me oiga.» ¿Y para qué querrá que le viva su padre? ¿Para hacerle sufrir? «Sí, padre, no dejo de rezar á Dios para que le ponga bueno y si no le conviene, para que le dé la gloria.» ¡Si no le conviene!... no sigo, Paca, no sigo... quémala, que este amor incom-

prensible, que esta hija sin corazón me enciende la sangre.

AMA Trae, no te incomodes.

FORT. Toma y si quieres á tu señor, no le vuelvas á dar ninguna carta de su hija, que hoy mismo la escribiré diciendo, que para que vaya á la gloria cuando muera, de nada sirve que rece por su padre si no reza él.

ESCENA II

DICHOS y DON CARLOS, por la derecha apoyado en un bastón

CAR. Incomodado estás.

AMA ¿Pero por qué no llamó usted, señor?

CAR. (Sentándose en el sillón.) Me encontré con fuerzas para poder llegar hasta aquí.

AMA Sin embargo.

CAR ¿Qué cuentas, Fortunato?

FORT. Usted dirá, señor.

CAR. Yo poco tengo que decir, y de este poco, todo es desagradable, de manera que preferible es callar. Cuenta tú algo, distrae mi imaginación de este recuerdo que no cesa de atormentarme.

FORT. Como mande don Carlos.

CAR. Sí, cuenta; pues un pensamiento borra otro pensamiento, de igual modo que un suceso viene para olvidar otro suceso... pero no, es imposible este pensamiento que me martiriza, no alberga en mi memoria, sino en mi alma, y todo pensamiento que en ella arraigue, ni con la muerte muere, porque el alma es inmortal. ¡Hija mía, no es posible que estuvieras encerrada en tu celda si supieras lo que sufro separado de ti!

AMA Señor, no se ponga usted así, no se disguste, que todas estas tonterías le empeoran.

CAR. ¿Y qué me importa, Paca, si la muerte es mi único consuelo, pues será la única que logre unirnos.

FORT. Tranquilícese usted, don Carlos.

CAR. No es posible, la muerte es el único remedio de lo que no tiene cura.

AMA Por Dios, señor, que los disgustos le matan.

CAR. Ya lo sé y por eso quiero envenenarme lentamente seguro de que para este veneno no habrá contra veneno. Deseo la muerte con más ansia que el avaro el dinero. Deseo morir, morir... ¿Para qué vivo? estoy solo en este mundo, solo; muriendo á nadie abandonaba; pues á vosotros, que sois los únicos que vivís de los pocos que me quisieron, aunque os abandone, lo hago sabiendo que sereis dichosos, porque la que fué mi casa será vuestra casa, mi dinero vuestro dinero, y no teniendo que trabajar para comer y queriéndoos como os quereis, sereis felices. Sí, Paca; sí, Fortunato, en mi testamento no os he olvidado.

FORT. ¡Don Carlos!

AMA ¡Señor!

CAR. Cuando muera rezad por mí y ahora escuchad lo que os diga para que podais cumplirlo después. Me encuentro bastante grave, no tengo ni fuerzas para escribir, para bendecir á mi hija por carta, para que sepa que muero sin olvidarla sin haber dejado de quererla, y como su voto la impide oir la voz que debilitó el sufrimiento, recibir el beso paternal que enfrió la muerte, que aunque helado, es el beso que se da con más cariño, el beso que más impresiona al viviente y que más ansía el moribundo, porque es el último beso que da, el último gozo que recibe de esta vida, feliz únicamente para los que saben serlo, de esta vida tan amada por el egoísta, tan maldecida por los viciosos que por lo mismo que de ella reciben los vicios la maldicen; de esta vida que los únicos que la llevan con paciencia son los que creen en Dios, porque en la otra vida esperan su recompensa y la esperanza es el mayor consuelo, el que espera es feliz; dichoso aquel que muere con esperanza, que yo ya perdí la de que ella

fuera la que me cerrase los ojos. Mas no por eso dejo de quererla, antes al contrario, parece que la quiero más; más que como hija, la quiero como á Santa; (Pausa.) cuando muera, por ella os lo pido, decidla que bendiciéndola abandoné la vida; decidla que rece por su padre, pues á una Santa nunca la desoye Dios... de su madre no teneis que decirla nada, pues habiendo sido ella la que la enseñó á rezar, ¿por quién rezará mejor que por ella? (Se enjuga las lágrimas.) ¿Se lo direis?

AMA
FORT. } Sí.

CAR. Qué buenos sois. (Rompe en llanto.)

FORT. ¡Don Carlos!

AMA ¡Señor!

ESCENA III

DICHOS y DON FERMÍN por el foro

FERMÍN (Dentro.) No se moleste, conozco la casa. (Entrando.) ¡Carlos! ¡Carlitos!

CAR. ¡Fermín! (Se abrazan.)

FERMÍN Aprieta, chico.

CAR. ¡Fermín!

FERMÍN Venga otro abrazo. (Se abrazan. Pausa, después de la cual don Carlos se desploma en el sillón, agobiado por la fatiga.) Y tú también, Ama Paca, deja que te abrace. ¿Y tú, Fortunato? ¡Chicos, que viejos estais!

CAR. Andad, llevarle el maletín á mi cuarto de soltero y disponer que le avíen la habitación. (Vanse.)

ESCENA IV

DON CARLOS y DON FERMÍN

CAR. Cinco años hace que nos separamos.

FERMÍN Y cuatro que no recibo carta tuya, eres un descastadote... no escribir á tu mejor amigo.

CAR. No te extrañe, desde que mi hija abandonó el mundo, también le abandoné yo: mi casa se convirtió en ermita, yo en ermitaño. Todos los amigos, todos los conocimientos los perdí; creía así calmar mi pena y me parece que la aumenté. Siempre salía solo, siempre al campo, siempre huyendo de la humanidad, que con solo verla alegre me entristecía. El campo igualmente distrae al poeta que al labrador, al misántropo como al juerguista; porque en el campo todo lo que se respira es felicidad, tal vez por lo mismo que en él nos olvidamos de este mundo. En el campo el siseear de los árboles, el murmullo de las fuentes, el gorjeo de los pájaros es alegría para el alegre, tristeza para el triste, poesía para el poeta y vida para el labrador; por eso el campo nos deleita, porque en él se refleja nuestra vida, porque la naturaleza entera parece partícipe de nuestro sentimiento, ¡tiene un corazón tan bondadoso! porque Dios es todo bondad y el corazón de la naturaleza es Dios.

FERMÍN Chico, chico, sigues tan filósofo como cuando te dejé.

CAR. Esta ha sido mi vida.

FERMÍN No me extraña que te quedes sin amigos.

CAR. Claro; ¿por qué iban á resistir mis desprecios? ¿pero y de tu familia qué me dices? ¿y Luisita? ¿qué tal la va en su nuevo estado? Cuenta Fermín, cuenta á ver si tus alegrías consuelan mis penas.

FERMÍN Chico, soy el hombre más feliz de los mortales, si antes de casarse mi hija no podía quejarme de mi suerte, ahora mucho menos. Rodrigo es un modelo de marido. bueno, cariñoso, trabajador, y aunque le creían pobre yo le tenía por muy rico, pues se que nada renta tanto como el trabajo: comprendo que Luisita se enamorase de él... pero basta de alabanzas y vamos al grano, que de la boda ya estás enterado igual que de nuestra llegada, que en una carta te comuniqué había sido inmejorable. Hermosa me

parecíó Barcelona á primera vista, pero examinada detenidamente me parece mucho más hermosa aun.

CAR. Sí, toda bella obra mientras más se mira más la admiramos.

FERMÍN Pero no es la población la que constituye nuestra felicidad, es nuestra casa, somos nosotros mismos, porque queriéndonos unos á otros nos hacemos felices, y para que esta felicidad sea completa nos vemos rodeados de salud y de dinero. ¡Qué casa, qué hogar! No puedes imaginártelo: allí no hay tristezas, allí no encuentras sino alegrías. Muy dichosos éramos los tres solos, pero á Dios le pareció poco y nos mandó dos angelitos, dos niños rubios, me dió dos nietecitos que con sólo tenerlos en mis rodillas me hacen dichoso: son tan bonitos, tan listos. Me tienen lelo, soy su ayo, su preceptor, su juguete. Siempre están conmigo á vueltas, siempre haciéndome correr, haciéndome reir, á veces me hacen llorar, pero de alegría. Mucho he querido á mi hija, pero no deben tenerla envidia, pues á ellos me parece que los quiero más; es otro amor, á una hija la quieres como carne que es de tus entrañas, pero á los nietos no es amor, es adoración lo que los tienes, no es cariño terrenal, parece divino... no sé explicarme, solo sé que al lado de ellos estoy en la gloria, que los quiero como á nadie he querido; sólo se esto y me parece que sé bastante. No sabes, Carlos, lo que son los nietos, lo felices que nos hacen... si tú los tuvieras, (Transición.) pero chico ¿estás llorando? mecachis, queriendo alegrarte te he entristecido.

CAR. Soy muy desgraciado, Fermín.

FERMÍN Vamos, no seas niño, ánimo y no entristecerse que ya han terminado tus penas, ya no vivirás solo, vivirás con nosotros.

CAR. ¿Os venís á Madrid?

FERMÍN No; eres tú el que te vienes conmigo, aquí estás muy solo, allí participarás de nuestra alegría, del cariño de mis nietos. La nove-

dad alejará de ti las tristezas y estarás alegre. Dos días estaremos aquí hasta que arregle yo mis asuntos y después los dos á Barcelona, que aunque yo tenía muchas ganas de llevarte, alguien tenía más que yo; Luisa cuando partí me dijo: «No vuelva usted sin él», se lo prometí y tengo que llevarte. Verás que contentos estaremos todos; mis hijos te querrán como si fueses su padre, mis nietos como si fueras su abuelo y yo te seguiré queriendo como siempre te he querido, como hermano... ¿Nos querrás tú á nosotros?

CAR. Qué preguntas tienes. ¿No os he de querer? Más que vosotros á mí. No tengo nadie en quien poner mi cariño.

FERMÍN ¿De modo que vendrás?

CAR. No; eso es aparte, yo os querré desde aquí, estoy muy enfermo, no puedo salir de casa, casi no puedo andar.

FERMÍN Hay coches.

CAR. Es imposible; la muerte ya me tiene señalado, poco me queda de vida y quiero morir donde murieron mis padres, donde viví yo; quiero que me entierren al lado de mi esposa, toda la familia reunida en el mismo panteón durmiendo el sueño eterno. Pero no puede ser... mi hija.. mi hija... ni después de muerta la dejarán volver á mi lado, la enterrarán en el convento. ¡Hija mía, te separaste de mí para no volvernos á unir más! ¿Pero qué digo? mi hija es santa, irá á los cielos, rezará por mí y volveremos á unirnos por una eternidad, pues ya no nos separará nadie... nadie... ¡Hija mía!... ¡Hija mía!... No me olvides... reza por mí.

FERMÍN Vamos, Carlos, no seas tonto.

CAR. Tonto porque lloro... Si tu hija se hubiera separado de ti privándote de tener esos dos nietecitos. ¿No llorarías tú?

FERMÍN Sí, Carlos, lloraría.

CAR. Pues déjame que llore y no intentes consolarme porque es imposible; compadecerme sí, compadéceme todo lo que quieras que digno soy de compasión.

FERMÍN Ten paciencia.

CAR. ¿Crees acaso que sin ella no hubiera echado abajo el convento, no hubiera sacado á mi hija?

FERMÍN Cálmate, cálmate y valor para disponer la maleta, porque no te dejo, si te quedas nos quedamos.

CAR. No, Fermín; me voy. Transigí á separarme de mi hija, qué más me da ya separarme del mundo entero; consentí que no la enterrasen á mi lado, qué más me da ya que me entierren solo ó que no me den sepultura. Sí, me iré contigo, viviré el poco tiempo que me queda con vosotros... gracias Fermín... gracias... ¡Qué buenos sois!

FERMÍN Hacemos lo que te mereces.

CAR. Gracias, Fermín, gracias.

FERMÍN Conque enjugarse esas lágrimas, que yo voy á arreglar mis asuntos para que la marcha sea cuanto antes.

CAR. ¡Qué bueno eres!

FERMÍN De modo que hasta después.

CAR. Adiós, Fermín. (Besándole la mano.) Gracias... gracias...

FERMÍN (Aparte) Es un santo. (Mutis por el foro.)

ESCENA V

DON CARLOS

(Larga pausa en la que permanece llorando.) Qué bueno; me ire con él, participaré de sus alegrías, del cariño de sus nietos... cariño que podría tener yo... alegrías que mi hija hubiera podido darme... ¡Hija mía!... ¡Hija mía!... ¡No es posible que amases la soledad si supieras lo que sufre tu padre con ella!... ¡Hija!... ¡Hija!...

ESCENA ULTIMA

DON CARLOS y AMA PACA, luego FORTUNATO.

AMA (Por la izquierda.) ¡Señor!

CAR. Quiero que venga.. que venga... quiero bendecirla... quiero besarla... ¡Hija!... ¡Hija! (Estas últimas palabras las dirá con voz entrecortada por la fatiga que le ahoga.)

AMA ¡Señor! (Apurada.) ¡Socorro! ¡Fortuna!... (Aparece Fortunato por la izquierda.) Se muere Don Carlos. Llama á su hija. Quiere verla, bendecirla..

FORT. Deseo inútil, no vendrá. (Don Carlos intentará levantarse, querrá respirar, abrirá los ojos, estirará las manos y quedará muerto.)

AMA ¡Señor! (Asustada y entristecida.)

FORT. ¡Don Carlos!

AMA ¿Muerto? ¿¡Muerto!? (Se arrodilla.)

FORT. ¡Sí; murió abandonado teniendo una hija!

AMA Le abandonó para hacerse santa.

FORT. Pero olvidó que el haber cuidado á su padre era la verdadera santidad.

TELÓN RAPIDO

Precio: UNA peseta